

PALACIO REAL

Antes de entrar en materia vamos a romper un par de esquemas: el primero que la pelota no tiene su origen en el País Vasco y Navarra. El segundo que los frontones son un invento moderno, pues los más antiguos tienen 350 años y la mayoría apenas 150 años de antigüedad.

El segundo es que la pelota no nació vasca. Conocemos que todas las civilizaciones practicaron uno otro tipo de juegos con pelota: persas, egipcios, mayas, aztecas o chinos. El parecido más lejano de nuestros juegos de pelota los hallamos en la esferística griega y en la pila romana, por cierto que pelota procede del griego (*pilos*), de donde pasó al latín (*pilus*), es decir pelo, y hace referencia a la fabricación de la pelota, compuesta de pelos. Pila se acomodará al latín vulgar en su diminutivo de *pilotta*.

Pero su origen cierto es el *Jeu de Paume*, el juego de palma (con la palma de la mano) que surgió en Francia en el siglo XIII. Es de sobra conocida la cita de que en París, en el año 1292, existían trece fabricantes de pelotas, al tiempo que sólo había ocho librerías y una tienda de tinta para escribir. La importancia de las pelotas era tal que estaba prohibido exportarlas.

¿Y cómo practicaban entonces el juego de pelota? Pues desde sus inicios en el siglo XIII y hasta el siglo XVIII se jugaba al *Jeu de Paume* en dos modalidades: a largo y a corto. Colocaban una red, una cuerda o trazaban una línea para dividir el campo en dos mitades (como el tenis o el pádel, que también son descendientes del *Jeu de Paume*) y se tiraban la pelota de un campo al otro, ocupando cada equipo una parte de la cancha.

Era un juego directo (pues se lanzaban la pelota directamente y no golpeándola antes contra una pared) . Contaban por quince y por juegos, y jugaban sobre todo a mano, aunque también con palas y raquetas, con unas características reconocibles que perdurarán hasta nuestros días. De hecho, las más antiguas modalidades de pelota vasca que aún hoy se practican como el *bote luzea* y la *pasaka* son juegos de pelota no solo herederos sino casi similares al *Jeu de Paume*.

En el siglo XVIII la pelota se hará definitivamente vasca. Hacia 1720 surgió la primera herramienta autóctona, el guante de cuero, que permitirá lanzar la pelota más fuerte y rápido. También se creó la pared de rebote, que dará lugar al frontón, cuya primera referencia es de 1750 en Oñati. Poco a poco se crearon nuevas herramientas: la cesta en 1857 que llevará la pelota vasca a categoría mundial. Y también el remonte, creado por el pamplonés Juanito Moya en 1904.

Así que en el País Vasco se mantuvieron las antiguas modalidades (tradicción), se desarrollaron nuevas herramientas (innovación) y sobre todo se produjo la gran transformación (revolución) al utilizar un frontis, para terminar configurando el juego de pelota vasca con características únicas y singulares, denominación propia y que serán conocidas y exportadas a todo el mundo.

Iniciamos la visita en el Palacio Real debido a que las primeras referencias al juego de pelota en Navarra nos conducen a tres reyes de Navarra. El primero Luis I el de Hutin, quien falleció tras beber agua fría tras jugar a pelota en París. El segundo Felipe de Evreux, quien en 1331 ordenó reparar el juego de pelota del claustro de los predicadores de Pamplona. Por último Carlos III el Noble, quien en 1408 y 1411 abonó por reparar el juego de pelota que existían en el Palacio de Olite.

Además, este Palacio aloja el Archivo de Navarra, que conserva documentación de más de 100 partidos de pelota de los siglos XVI y XVII. Todo son procesos civiles y penales, pues el partido que transcurría pacíficamente no dejaba ninguna constancia. Los pleitos se repiten y la principal razón son las apuestas impagadas. El segundo las lesiones y peleas derivadas de discusiones por jugar a pelota. En tercero los curas pelotaris, grandísimos aficionados y que tenían prohibido jugar fuera de monasterios y conventos, o jugar sin la sotana y tenían prohibido apostar, pero ni caso. El cuarto eran las demandas de viandantes por pelotazos en la calle o de los dueños de las casas debido a que les rompían las tejas y ventanas.

FRONTÓN DE LA MAÑUETA

En 1911 un matrimonio de hortelanos de la Magdalena llamados Gerardo Areta y Agapita Labiano compraron una casa en el número 13 de la Mañueta y construyeron un frontón cubierto con graderío para 150 personas. También despachaban vino, gaseosas de bolo y cigarrillos sueltos. Lo bautizaron como Frontón Moderno, aunque la denominación popular y socarrona fue Zinc Palace (por utilizar en su tejado chapa de cinc). Fue inaugurado en 1913 y funcionó hasta 1954 cuando el Ayuntamiento lo compró y derribó para urbanizar la actual Plaza de los Burgos (el actual frontonico es de 1986).

El Frontón Moderno acogió bailes, bodas gitanas (no olvidemos que en esa calle nació Sabicas), fiestas, veladas de boxeo, pases de cine... ¡y hasta un duelo! Sucedió en 1932 cuando Miguel Primo de Rivera, el hijo del dictador, y un capitán de aviación republicano llamado Resach alquilaron el frontón por 500 personas para retarse a espada. Primo de Rivera resultó dos veces herido y los médicos suspendieron el duelo pues el duelo era a primera sangre. Resach al acabar se puso a jugar a pelota con una pala, considerándose orgulloso como vencedor del duelo.

El frontón de La Mañueta se hizo famoso por sus desafíos estrambóticos, dando lugar a una categoría de jugadores denominados “mañueteros” cuya característica era la picaresca y el buen humor. Abundan testimonios sobre apuestas disparatadas, desafíos inverosímiles y partidos en los que además de la honra y los duros, existía un componente innegable de cachondeo, en los que los parroquianos pagaban la entrada para disfrutar como si de un estelar se tratase.

Por ejemplo, era habitual que dos jugadores se ataran por el codo, la cintura o los tobillos, contra otros dos sin desventaja de ningún tipo. Otra versión consistía en tres jugadores atados entre sí, pero el de en medio en sentido contrario al de sus compañeros de sogá. O la de ir atado con un ciego. Se conocen también muchos desafíos en los que uno jugaba solo con la izquierda, o tenía que golpear la pelota bajo pata, o iba con una silla en el hombro y debía sentarse en ella para darle a la pelota.

Otros desafíos de esta índole eran los de restar la pelota de rodillas o sentado, girar una vuelta entera antes de darle a la pelota, atado a una columna con una larga cuerda, jugar vestidos de mozzos con las caperuzas puestas o con un saco de arena al hombro. También se celebraron partidos en los que cada jugador llevaba a caballito a su compañero, con variantes de si restaba jinete o montura.

Otro de los hándicaps habituales en este tipo de apuesta era la de colocarse una venda en la frente de la que colgaban dos hilillos con dos garbanzos a la altura de los ojos. No solo golpeaban al jugador, sino que al parecer producía un efecto extraño por el que se veían pelotas por todas partes y era muy complicado saber dónde pegarle a “la real”.

Está documentado un partido que jugó un pelotari con el torso desnudo y sosteniendo una sandía con un brazo. Cuando comenzó a sudar la sandía se le resbalaba y perdió el partido. La apuesta cargando un banco también nos aparece en otras versiones, la de uno que jugó con una encimera de mármol y la del más bestia con un arado completo. Estas apuestas de llevar algo muy voluminoso se ganaban casi siempre, ya que el pícaro de turno giraba e incluso daba una vuelta y tenía alejado varios metros al rival si no quería llevarse un buen mandoble.

Otra apuesta popular consistía en jugar con un perro debajo del brazo, pero el célebre Zubielqui le dio una vuelta de tuerca, jugando con un perro que además era de su rival. A la dificultad de golpear la pelota se le unía que el dueño del chucho lo llamaba continuamente y este trataba de liberarse.

LAS APUESTAS. Es un lugar común el hablar de familias arruinadas y de los caseríos que se han perdido a raíz de las apuestas, aunque hay quien lo considera más una leyenda rural que otra cosa. Alberto Uriona en un artículo para El País contaba como una de las apuestas conocidas en el mundillo de los corredores habla de que en 2007 en el Galarreta de San Sebastián un solo apostador perdió 100.000 euros en una tarde. También, de otro que se jugó 150.000 euros en el frontón Jai Alai de Gernika y ganó. Y por último nos cita a un apostador en Eibar que dejó a varios corredores una deuda de 158.000 euros en una tarde. La mitad la pagó en especie (en cajas de vinos) y el resto como pudo, a plazos.

En su origen, las apuestas se dirimían de modo exclusivo entre los jugadores. El documento más antiguo de Navarra de apuesta entre dos jugadores de pelota es de 1534 y se ubica en Obanos.

Pero desde época muy temprana y al popularizarse el juego, las apuestas se extendieron a los espectadores, en particular a los vecinos, amigos y familiares del pelotari en cuestión. Es lo que se denominan traviesas, que según la RAE es la apuesta que realiza quien no juega el partido. Otro concepto habitual es el momio, que expresa cuánto se va a ganar en proporción al dinero que se apuesta: dos a uno, cien a cincuenta, etcétera.

LOS CORREDORES. Los corredores componen una estampa reconocible de nuestros frontones y su contribución al ambiente es innegable. Ataviados con sus guayaberas o chaquetas, van cantando una monodia ininteligible para la mayoría y se desplazan por la contracancha libreta en mano mientras señalan, apuntan y lanzan pelotas de tenis a diestro y siniestro.

Quien asiste por primera vez a un frontón queda fascinado por su espectáculo, aunque no entienda nada. Los corredores aparecen cuando los frontones se industrializan a finales del siglo XIX y son las propias empresas de cada frontón las que los contratan y los colocan, participando así de un porcentaje de los beneficios en las apuestas.

La labor de los corredores consiste en recoger la apuesta de un espectador y vocearla hasta que alguien la acepta. Es decir, que son meros intermediarios, pues no ponen dinero, sino que cantan los dos aspectos de la apuesta: si ya tienen un apostador por alguno de los bandos (azul o colorado), y cuánto se puede ganar o perder con esa apuesta. Vamos a explicarlo en tres sencillos pasos:

Nivel iniciación: si el corredor canta 100 colorado, significa que ya tiene un apostador que quiere jugar esa cantidad a favor de los pelotaris que van de rojo y busca otro para los azules por idéntica cantidad. Por lo tanto se pueden ganar o perder cien euros. El corredor primero canta una apuesta para la que busca alguien que la acepte. Cuando ha sido aceptada se produce el gesto de lanzar la pelota de tenis a cada uno de los apostantes, dentro de la cual se encuentra la papeleta con doble matriz o justificante, donde consta la cantidad, color, número de apuesta e identificación de apostantes.

Nivel medio: se complica cuando las apuestas ya no estarán a la par, sino que un jugador o pareja es favorito. Por ejemplo, si se canta 100 a 80 colorado significa que hay un apostante por los rojos y se busca otro a favor de azules; y, que, si apuestas por azules y ganan te embolsarás 80 euros, pero si pierden el partido el apostante pierde 100 euros.

Nivel máster: existe una jerga para entendidos. La señal de un espectador con la mano abierta de abajo a arriba indica que quiere jugar por el que va perdiendo y lo contrario, con el movimiento opuesto. Además, si un espectador quiere apostar por azul se toca el brazo y si quiere apostar al colorado se toca la cabeza. Esta tradición proviene del Jai Alai de San Sebastián cuando los corredores llevaban chaqueta azul y boina roja. El último gesto es de los dedos, cuatro dedos: 400 euros, 2 dedos: 200 euros.

De todas las apuestas, la empresa se queda un 9% y los corredores un 7%, así que quien ha ganado una apuesta de 100 € en realidad recibe 84. Nadie pone dinero, sino que cuando termina el partido o la sesión se cobra de los perdedores, se paga a los ganadores, y los corredores se reúnen para comprobar que las cuentas cuadran. En caso negativo, es el corredor el que tiene que poner dinero de su bolsillo si alguien no ha pagado. Aunque nos parezca increíble muchos cuentan que durante la semana tienen que andar visitando morosos como el cobrador del frac.

PLAZA DEL AYUNTAMIENTO

Vamos aquí a relacionar los sanfermines y el encierro con la pelota vasca. Bien, vamos primero al encierro, pues resulta muy curioso saber que en sus inicios no se diferenciaba en absoluto de lo que sucedía en cualquier otro pueblo o ciudad, pero mientras en otros lugares desapareció la costumbre, en Pamplona no solo se mantuvo lo que comenzó como una anécdota, sino que adquirió categoría principal.

Debemos simplemente recordar que hasta el siglo veinte, los toros eran trasladados desde sus dehesas hasta las ciudades a través de las cañadas, siendo conducidos por pastores y jinetes, pues hasta la aparición del transporte por carretera o ferrocarril, no existía otro modo de llevarlos.

Una vez en las proximidades de cada población acampaba el ganado en las afueras y ya por la noche, cuando las calles estaban desiertas y no había peligro se trasladaban por el centro de la ciudad hasta la misma plaza donde se celebraría la corrida. Esto sucedía también en Pamplona, donde de noche, el gremio de carniceros ayudaba a los pastores a conducir el ganado por las calles (siempre yendo por detrás y sin hostigarlo), pero claro, en plenas fiestas de San Fermín había mucha gente con ganas de cachondeo, así que los mozos de Pamplona comenzaron a correr delante del ganado (ya no solo detrás conduciéndolo sino delante y a los lados, para citarlo y divertirse).

Las autoridades dictaron los primeros bandos prohibiendo esta práctica en 1717 y 1731. Sin embargo, y esta es la gran ironía del encierro, lo que comenzó siendo una gamberrada, además prohibida, terminó por convertirse en el acto más famoso de las fiestas. De modo que el Ayuntamiento no tuvo otra que terminar regulándolo: el primer vallado se instaló en 1776. Su nombre oficial como "el encierro" no se fijó hasta 1856 (antes se llamaba "la entrada"), y en 1867 se dictaron las primeras ordenanzas reguladoras.

Bien, pues con la pelota sucedió algo parecido. En ese mismo siglo XVIII, el juego de pelota era tan popular que el Ayuntamiento dictó en 1743 el primer bando prohibiendo jugar a pelota en las calles de Pamplona. El mismo bando se repitió en 1745, 1761, 1772 y 1774. Solo se permitía jugar en la Taconera, Plaza del Castillo, Plazuela de San Fermín de Aldapa, Calle Nueva y fuera de los muros.

La razón era que la gente no iba a trabajar por jugar o ver los partidos. Muchos se arruinaban apostando. Rompían tejas y ventanas, o herían con los pelotazos a los transeúntes.

¿Y por qué dictaron más de 10 bandos, año tras año? Porque nadie hacía ni puñetero caso. Así, que visto su escaso éxito, en 1777 los regidores de Pamplona asumieron que no se puede escupir contra el viento, y optaron por construir un juego de pelota, cuyos beneficios se acordaron destinar a la Casa de Misericordia (otra coincidencia, como los beneficios de la plaza de toros en la Feria de San Fermín).

Ya de paso vamos a citar alguna curiosidad sobre la pelota en los sanfermines, ya que durante mucho tiempo los partidos de pelota fueron el plato estrella del programa sanferminero. Tanto, que se conservan en el Archivo de Pamplona como el mismísimo alcalde de Pamplona en el siglo XIX escribía cartas a los mejores pelotaris del momento para que vinieran a disputar partidos en San Fermín. Les ofrecían auténticos dinerales para la época y la expectación era máxima.

Ahora, imaginarnos que estáis en los siglos XVIII y XIX. Ya había pelotaris que eran auténticas estrellas y cuando concertaban un desafío corría la voz por todos los pueblos y por las provincias limítrofes. El día del partido, acudían cinco mil, diez mil, hasta veinte mil personas, de todos los pueblos, de Navarra, de Gipuzkoa, de Francia. Traían rebaños de ovejas, o bueyes, o los carros llenos de muebles para apostar todo. Se montaban graderíos, se subían a los árboles y a los tejados. El ambiente era impresionante y conocemos los detalles porque luego se escribían crónicas, poemas o *bertsos* que han llegado a nuestros días.

EUSKAL JAI

Vamos a aprovechar este lugar para hablar de los espacios para el juego de pelota en Pamplona.

La primera referencia es del año 1331 y nos lleva al juego de pelota del claustro de los predicadores. Es obvio que en sus inicios se jugaba en espacios preexistentes y no existían canchas expresamente construidas para jugar a pelota.

Así que la primera referencia a un espacio específico para jugar a pelota es de 1509, se trata del trinquete de la Merced en el Seminario de Tejería. En esa época, 1543 conocemos al primer fabricante de pelotas de Pamplona, Miguel de Latasa, de oficio pelotero. Y constan 6 peloteros o fabricantes de pelota documentados en el siglo XVI en Navarra.

En 1549 consta un juego de pelota en la Catedral de Pamplona. Y en 1569 el juego de pelota de la calle Mayor de Pamplona.

Para el siglo XVIII existían también el llamado Trinquete de los Aldeanos con capacidad para cien personas que estaba en la calle de Pellejería (actual Jarauta) y el de San Agustín, en la calle de su nombre.

En 1777 se inauguró el Juego de Pelota de la Misericordia que será ampliado en 1840 para ser convertido en frontón. Y en 1868 el Ayuntamiento construyó el Juego de Pelota de la Taconera.

Finalizamos con el Euskal Jai, que se construyó en apenas cinco meses. La cancha tenía 14 cuadros y medía 56 metros de largo por 10,5 metros de ancho. Se empleó piedra de Tafalla para el frontis y el suelo. El tejado se cubrió con 2.500 piezas de vidrio, que proporcionaban la debida luminosidad.

Se inauguró el 24 de enero de 1909 y su aspecto era soberbio: armadura metálica en el tejado, veintiún palcos, graderíos, galerías, barandados, columnas metálicas modernistas, aforo de 1.100 espectadores y un edificio que albergaba vestuarios, cafetería, comedor-restaurante, así como viviendas para los empleados del frontón.

Desde sus inicios, en él se jugó casi en exclusiva a remonte, modalidad recién creada por el pamplonés Juanito Moya. Fue el lugar donde se crió el remontista más grande de la historia: Jesús Abrego, quien con tan solo 14 años, en 1924, pasó al cuadro de remontistas profesionales.

Sirvió también para todo tipo de acontecimientos: mítines, sesiones de cine, veladas de boxeo, homenajes, banquetes, celebraciones y otros actos emblemáticos, como el homenaje al conocido gigantero Pedro Trinidad, el mitin contra la blasfemia o la multitudinaria fiesta de la Escuela Vasca, en noviembre de 1935.

También acogió una escuela profesional de remonte, con veinte chavales internos, que disponían de gimnasio, comedor, escuela y 18 habitaciones. La apertura del Euskal Jai supuso la desaparición del Juego Nuevo de la Casa de Misericordia. A su vez, la inauguración en 1977 del Euskal Jai Berri, en Huarte, marcó el final del viejo Euskal. Ya sin uso y abandonado, fue ocupado y adecentado en 1994. Pero, en el 2004 fue desalojado por la fuerza y derribado, sin ningún respeto al patrimonio, desoyendo a la ciudadanía y despreciando los restos arqueológicos de los siglos I y II que aparecieron en su subsuelo. Que cada quien saque sus conclusiones.

JITO ALAI

En esta parada vamos a hablar de la participación de las mujeres en la pelota vasca. Al respecto, el primer titular, que no creo que sorprenda a nadie, es que al igual que en cualquier otro ámbito con dimensión pública, las mujeres han sido históricamente relegadas a un rol secundario, como espectadoras o como admiradoras de la figura masculina.

En muy diversas épocas se advierte cómo niños y niñas juegan por igual a pelota; sin embargo, llegada la pubertad y el desarrollo sexual, las mujeres se apartan de su práctica pública.

Pero no siempre ha sido así, y también ha habido numerosas excepciones y muchas pioneras que rompieron los moldes establecidos. Y también los prejuicios sociales han ido variando a lo largo de las épocas, así, a finales del siglo XVIII numerosos viajeros románticos, como Alejandro de Laborde o Pierre Imbert, describían en sus viajes por el País Vasco que “es habitual que jóvenes y vigorosas muchachas jueguen a pelota y rivalicen en habilidad con los hombres”.

La primera pelotari vasca conocida, del año 1790 es Tita Azanza, quien jugaba a la modalidad de guante. Y en 1885 tenemos noticias de la primera pelotari manista con nombre y apellidos: Josefa Ignacia Albisu, quien retó y ganó a varios hombres.

La primera mujer en jugar a cesta punta de la que tenemos noticias es María Unzueta, cuyos hermanos eran pelotaris profesionales y su padre intendente de frontón. Así que vivió la pelota desde pequeña y ya con catorce años, en 1892, entrenaba con los mejores cestistas. Era tan buena que a su padre le llovían ofertas para que jugara como profesional. Incluso le ofrecieron un cheque en blanco firmado, pero ni por esas. Se impuso el machismo del padre por encima de su futuro y sus deseos.

A María Unzueta no le dejaron ser pelotari profesional, pero pocos años después, en 1897 en el frontón Condal de Barcelona y el frontón Jai Alai de Valencia, debutaron como profesionales dos cuadros de mujeres cestistas. Seguramente se trata de las primeras mujeres deportistas profesionales del mundo y aunque su aventura apenas duró dos años, tuvieron tiempo para ser elogiadas por su juego en los frontones de Madrid, Bilbao, San Sebastián y Valladolid.

Y por último vamos a hablar de las raquetistas, quienes jugaban con pelota dura de cuero y raquetas de doble cordaje. El primer frontón de raquetistas se abrió en Madrid en 1917 y su éxito fue tal que llegó a haber 37 frontones de raquetistas por toda España.

Fijaos en este dato: en 1943 había 734 mujeres raquetistas frente a 698 hombres pelotaris profesionales hombres. Ellas eran más, atraían a más público y cobraban más que un ministro o un futbolista. Figuras como “la Bolche”, Agustina Otaola, o “Chiquita de Anoeta” eran auténticas estrellas que llegaron a jugar en México, Cuba, Brasil, Estados Unidos, Filipinas o El Cairo.

Fueron cientos de mujeres independientes, famosas, que viajaban y disfrutaban de cierta libertad. Y no olvidemos que por entonces el deporte era un símbolo de modernidad y liberación. Permitía a las mujeres socializarse y ocupar un espacio público, además de vencer los convencionalismos que imponían la ocultación y el uso de sus propios cuerpos.

La dictadura franquista intentó prohibir el deporte de las raquetistas, pero ellas se opusieron y lograron seguir jugando. También padecieron la envidia y el desprecio de los pelotaris masculinos. E incluso el Gobierno Vasco en el exilio las ninguneó, pues consideraba la pelota vasca como un deporte varonil.

Finalmente, el fenómeno decayó, y el último partido de raquetistas se jugó en 1980. Ellas desaparecieron, pero en los frontones todavía hoy se oye el eco de sus pelotazos pues rompieron el molde y abrieron el camino a sus sucesoras.

La navarra Maite Ruiz de Larramendi siete medallas en los siete Mundiales absolutos que ha disputado. En el Mundial del año 2010 mejor pelotari, tanto en masculino como en femenino, elegida por sus méritos entre 500 atletas de diferentes países, que participaban en el Campeonato Mundial de Pelota. Lo ha ganado todo en este deporte, campeonatos en diversas modalidades, continentales, nacionales e internacionales. Ha sido la mejor del mundo dos veces, pero tuvo que compaginar la pelota con su trabajo como técnica de radiodiagnóstico. Un dato muy curioso es que Maite comenzó jugando a pelota mano y le ganó a Beloki con trece años, sin embargo le apartaron de la mano, no era de chicas, para jugar a pala y paleta.

Hoy, por fortuna, podemos estar orgullosas de cómo las mujeres practican todas las modalidades, crece el número de licencias federativas y llenan los frontones.